

016. ¡Sí, Jesucristo es Dios!

Resulta algo patético leer los últimos capítulos de los cuatro Evangelios, que nos describen lo ocurrido en los días precedentes a la Pasión del Señor.

Todos ellos nos narran con pinceladas fuertes aquellas luchas de Jesús con sus adversarios, a los que quiere convertir pero a los que ve resistir toda la gracia del Espíritu Santo.

Para Jesús debió ser muy dolorosa esta resistencia de sus enemigos, a los que ofrecía la salvación, pero veía que todo su empeño era inútil.

Aquel martes, tres días antes de morir, Jesús ha tenido unos altercados tremendos con los legistas y los fariseos. Estos no se rinden. Pero Jesús, antes de dar por acabadas las discusiones interminables, se les adelanta con una cuestión decisiva, y les pregunta:

- *¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo?*

- *¿De David! ¿De quién va a ser?...*

Han respondido muy bien, como Jesús esperaba. La persona más sencilla del pueblo, hubiera respondido igual. Porque todos sabían, desde hacía muchos siglos —desde mil años atrás— que el Mesías sería un descendiente de David. Así que han respondido muy bien: el Cristo, cuando venga, será un descendiente de David. Pero Jesús, replica:

- *Entonces, ¿cómo es que David, inspirado por Dios, llama Señor al Cristo verdadero? Sabéis muy bien el salmo: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha, hasta que yo ponga a todos tus enemigos debajo de tus pies. Si el Cristo va a ser un hijo, un descendiente de David, ¿por qué David le llama Señor? Lo declara superior a sí mismo. ¿Por qué?... (Mateo 22,41-43. Marcos 12,35-37. Lucas 20,41-44)*

Los enemigos de Jesús, que no eran nada tontos, entendieron y se callaron. No tenían más remedio que reconocer en Jesús al Hijo de Dios.

Con esto, Jesús no les decía nada nuevo. Meses antes, en la fiesta de la Dedicación, Jesús les había dicho allí mismo, en la explanada del Templo:

- *Yo y el Padre somos una sola cosa (Juan 10,31-33)*

Entendieron que Jesús se proclamaba Hijo de Dios, y cogieron piedras para matarlo. Pero Él les hizo hablar:

- *Muchas obras buenas os he manifestado de mi Padre. ¿Por cuál de ellas me queréis apedrear?*

A lo que responden sus airados interlocutores:

- *No te matamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia, porque, siendo hombre, te haces Dios.*

La luz les enfocaba, pero ellos no querían ver. Eran los pecadores contra el Espíritu Santo. Por eso Jesús les lanzó la peor y más grave de las amenazas:

- *Si no creéis que soy yo, moriréis en vuestro pecado (Juan 8,24)*

Sus enemigos, ahora, cuando ya han decidido matar a Jesús, saben a qué atenerse. Jesús no les ha negado la verdad. Se la ha mostrado de mil maneras. Si matan a Jesús, y si Él es el Cristo, deben saber que es también Dios. David, que consideraba muy superior a ese su descendiente, le llama *Señor*, igual que llama *Señor* a Dios...

¿No nos dice nada a nosotros este Evangelio? En realidad, es muy sencillo para nosotros porque tenemos fe. Una fe profunda, que nadie nos quita, por la gracia de Dios.

Pero, pensemos que no todos piensan igual.

En años todavía recientes, ha estado muy de moda Jesucristo. Recordemos una película como la *Jesucristo Superstar*. Jesús hacía furor, entre la juventud sobre todo. Eso era un gran bien.

Pero, allí donde estaba el bien, empezaba a sentirse muy hondamente el mal. Porque a Jesús se le empezó a considerar como un gran líder, un gran reformador, un gran revolucionario en el buen sentido de la palabra. Aunque, del buen sentido de la palabra, se pasó también a otro sentido malo: Jesús era el revolucionario social, al que se atrevieron a representar hasta con armas en la mano, o poco menos.

¿Es éste el Jesús del Evangelio? Como todas las ideologías se lo querían arrastrar para su bando, no tenían más remedio que despojarle de su prerrogativa principal: no debía ser Dios.

Pero, ¡cuidado! Jesús, el hombre, el hijo de María, es ante todo y sobre todo el *Hijo de Dios*.

Es Dios como el Padre y el Espíritu Santo.

Es ciertamente un hermano nuestro, porque quiso ser hombre como nosotros.

Sin embargo, ese Jesús es también Dios que existe desde siempre y para siempre. El que tiene el mismo poder y gloria que Dios. Es Aquél ante quien se dobla toda rodilla en el Cielo, en la Tierra y en los infiernos.

En nuestros días se ha vuelto una necesidad imperiosa el repetir de todas maneras esta verdad fundamental —la primera de todas— de nuestra fe católica: ¡Jesucristo es Dios!

Esta es nuestra fe.

Esta es la fe de la Iglesia.

En ella queremos vivir y morir.

Jesucristo, por ser Dios, tiene en su mano nuestras almas, y nadie nos podrá arrebatarnos esas manos divinas, en las que está segura nuestra salvación...